

Giulia Caminito firma esta bella novela de aprendizaje sobre una niña ‘anfibia’ entre la infancia y la adultez

El resbaladizo salto a la vida

por **CARMEN DE PASCUAL** De las muchas paradojas a las que nos enfrenta la adolescencia, esa «tragedia de ser pequeñas en un mundo gigante», la tensión entre la individualidad y el gregarismo es una de las más acentuadas. Y si algo persigue a Gaia, la pelirroja hija de Antonia la Pelirroja y protagonista de la tercera novela de la italiana Giulia Caminito (Roma, 1988), es la sensación de distancia, la desubicación, la angustia del impostor, la acritud que provoca ver todo, comprenderlo casi to-

do y, aun así, no poder elegir ni huir de ello.

Las novelas sobre la adolescencia llevan casi siempre adherida la locución «de aprendizaje», en una especie de binomio difícil de romper. Y Caminito no lo pretende: con ecos de la clásica *Rebeldes* de Susan E. Hinton; de *¿Quién se hará cargo del hospital de ranas?* de Lorraine Moore, de *Las ventajas de ser un marginado* de Chbosky, e incluso de *El guardián entre el centeno* de Salinger, la historia de Gaia y de su vida junto al lago Bracciano es la historia de una anfibia.

Si la etimología nos dice que esos animales tienen «ambas vidas», que son capaces de vivir en ambos medios, la chica pelirroja oscila entre la niñez y la vida adulta, entre la precariedad del circuito cerrado de su familia y la exuberancia de lo desconocido, entre las normas maternas y la libertad de las horas junto al agua, entre la parte alta (del pueblo y de la vida)



GIULIA CAMINITO EL AGUA DEL LAGO NUNCA ES DULCE

Traducción de
Carlos Gumpert.
Sexto Piso. 292
páginas. 21,90 €
Ebook: 12,99 €

de las alegrías y la parte baja, la de la muerte y el fracaso.

Pero las novelas de aprendizaje tienen también un punto de *quest*, de expedición, de ir a la búsqueda de algo, para ella que afirma que «siempre tengo sueño, y frío, y hambre de aprecio». Tanto la búsqueda como el hallazgo (y también la pérdida) se producen, sobre todo, en el terreno de la amistad, que se agita entre el reconocimiento que decía C.S. Lewis, ese «¿Cómo? ¿Tú también? Pensaba que sólo me pasaba a mí», y la amargura de las traiciones, del sentimiento de culpa, de los límites del amor y el odio.

Leer a Caminito es, de alguna manera, volver a cruzar el puente de Brooklyn de la mano de Walt Whitman: ver cómo busca su identidad en formar un todo con los demás, con los días y acontecimientos de los otros, a la vez que lucha con la evidencia de que sólo ella puede salir del pasillo de las cosas que no sabe hacer. **L**